

PERCEVAL rev.

6º, 7º

Perceval, el ingenuo

Poco después de que la reina Herzeloide recibiera la noticia de la muerte de su marido Gahmuret, en una batalla en Bagdad, trajo al mundo a un niño muy fornido. Lo llamó **Perceval**.

Sin la fuerza de su marido, Herzeloide se sentía impotente y el rey del reino vecino se apoderó de su corona y su país. Ella se trasladó a la soledad del bosque Soltane, donde sólo se llevó a algunos sirvientes, que construyeron una casa sencilla en un claro.

Como madre sentía una gran preocupación amorosa hacia el pequeño Perceval. Su resentimiento contra la guerra y la lucha de los hombres, que le habían arrancado a su amado, la llevaron a prohibir a los criados que le dijeran al niño ninguna palabra sobre la caballería “porque sólo llevaría más sufrimiento para él y para mí.”

Los sirvientes actuaron de acuerdo con los mandatos de la señora. Lo que Perceval podía practicar del ejercicio caballeresco era solo el arco y los pernos de tiro, que él hacía con sus propias manos para matar los pájaros en el bosque. Pero si se encontraba frente al animal, el chico sentía un gran remordimiento y compasión; el canto del pájaro en los árboles lo conmovía tanto que se pasaba todo el día triste.

—*¿Por qué tienen que morir los pobres pájaros?* —preguntó Perceval, entristecido, a su madre. Ella le besó afectuosamente.

—*¿Cómo puede ser que tenga que hacer algo contra la voluntad de nuestro Dios Altísimo?* Oh, madre —gritó él—. *¿Qué es, pues, Dios?*

Y la señora Herzeloide respondió:

—*Dios es todavía más brillante que la luz del día, hijo mío, te ayuda a comprender la máxima de la vida, avisalo en caso de necesidad y siempre acudirá con fidelidad.*

Pronto Perceval sobresalió. Hiciera el tiempo que hiciera iba a cazar y todos admiraban su fuerza corporal masculina. Una vez, cuando el joven volvía de caza, oyó por los caminos forestales el trato de caballos. “*Si ahora viniera el diablo* —se dijo y tocó la lanza— *cómo me gustaría luchar!*”.

No obstante, quedó maravillado ante lo que vio: eran tres magníficas figuras a caballo, vestidas de acero brillante. El joven cazador creyó, ingenuamente, que cada uno de los tres era un Dios y se dejó caer de rodillas en medio del camino.

—*Ayuda, Dios!* —exclamó con las manos levantadas.

Las tres figuras cubiertas de acero eran caballeros del rey Arturo. El primero, airado, le dijo:

—*Idiota, torpe, no detengáis nuestra cabalgata.*

A galope llegó el cuarto caballero, cuya armadura de acero brillaba más que la de los otros tres. Perceval no había visto nunca tanto brillo resplandeciente. Creyó que era Dios, de quien su madre le había hablado tan a menudo, cuando le enseñó la diferencia entre la luz y la oscuridad. Con fervor levantó el hijo del rey la mano hacia el cielo:

—*Oh, ayudadme, Dios!*

—*No soy Dios* —dijo el hombre sonriendo—, *lo que veis son cuatro caballeros que viven por su gran servicio.*

—*Decís caballeros!* —exclamó el joven—, *pues decidme quién da el título de caballero.*

Los caballeros se rieron de su pregunta tonta. El más distinguido de todos, sin embargo, le contestó pacientemente:

—Lo hace nuestro rey Arturo. Id a su corte, él cumplirá vuestro deseo con mucho gusto.

Satisfechos los cuatro caballeros miraron la estatura noble del joven, cuyo origen real parecía inconfundible. Lleno de curiosidad Perceval contemplaba la armadura y las armas de los caballeros y volvió a despertar carcajadas por sus preguntas ingenuas. Todo le era bastante desconocido. Indulgentes, los caballeros le aclararon el uso del escudo y la espada.

El chico se apresuró a ir a hablar con su madre entusiasmado para explicarle el apasionante encuentro.

—Dadme un caballo, madre —le dijo con las mejillas brillantes—, que voy a la corte del rey Arturo para que me convierta en caballero.

Perceval le habló del aspecto brillante de los cuatro caballeros y la madre se dio cuenta de que todo su esfuerzo y preocupación maternal habían sido en vano. Reconoció con amargura en el corazón que no podía retener por más tiempo a su hijo. Entonces buscó algún medio para disuadirle de su propósito y conseguir que volviera con ella: le equiparía de forma tan ridícula que sería rechazado por la burla de los demás y regresaría muy pronto. Lo vistió con arpillería gruesa, una gorra de bufón y le dio unos zapatos pesados de piel de ternero sin adobar, como los que llevaban los juglares.

—Márchate ahora con mi consejo maternal —dijo abrazando a su hijo amado con fervor—. Escucha lo que te digo: si te encuentras sin ruta, rehúye los vasos oscuros, pero en los vasos pocos profundos y más altos puedes andar sin miedo.

Segundo: sé cortés con todo el mundo y dirige un saludo a todos los que te encuentres.

Tercero: presta atención a los señores de pelo blanco y sigue el consejo de las edades con experiencia.

Y por último: cuando una doncella noble te ofrezca anillo y saludo, cógelo y bésala tranquilamente; un beso con honor trae buena suerte.

Y has de saber, hijo mío, que tienes antepasados reales y fue el astuto Lahelín el que te arrancó la herencia ancestral.

—Lo vengaré. ¡Mi lanza lo matará!

La madre lo abrazó con amor y él la besó para despedirse. Pero cuando el joven Perceval se alejó hacia el bosque, la señora Herzeloide cayó muerta en el suelo; el dolor de la despedida le había roto el corazón.

Sin saber de la muerte de su querida madre, el chico hizo camino hasta llegar, delante de la ciudad de Nantes, al reino del rey Arturo. En la entrada se encontró un caballero, a quien ofreció un saludo amistoso. La respuesta fue parecida:

—Que Dios os recompense, joven.

Perceval detuvo su rocin y miró sorprendido al enorme hombre, su armadura era roja, igual que su caballo, también la testera del caballo y la manta de la silla de montar de terciopelo eran de púrpura brillante y el escudo, rojo como el fuego.

Era Ither de Gahevis, llamado Caballero Rojo, primo del rey Arturo. En el puño sostenía un vaso de oro, que había cogido de la mesa del rey. Con ganas miró al atractivo joven.

—¿Queréis ir a la ciudad —dijo— y hacerme un favor? Llevad un mensaje al rey y a sus hombres de mi parte. Estoy en lucha con él por mi herencia.

Perceval aceptó con gusto.

—Decid al rey Arturo y a los caballeros de la Mesa Redonda que Ither, el Caballero Rojo, abandona sus derechos adquiridos. Explicadles que tomo como signo de mi propiedad el vaso de oro de la mesa y que estoy dispuesto a defender mis propios derechos con la espada.

Perceval prometió transmitir el mensaje fielmente y se dirigió animado dentro de la ciudad. Su aspecto sorprendente atraía la atención de todo el mundo; lo acompañaban con burlas y se abría paso con esfuerzo.

—Venid, gentilhombre, yo os ayudo —le dijo un joven amablemente; era Lievin, un escudero de la corte de Arturo, quien lo condujo hasta el castillo del rey.

Viendo a tantos caballeros elegantes Perceval exclamó sorprendido:

—¡Veo a muchos Arturos aquí! ¿Cuál de ellos es el auténtico que me hará caballero?

Todos los caballeros se rieron por su ingenuidad. Lo llevaron al palacio, donde la nobleza cortesana, la famosa Mesa Redonda del rey Arturo, se sentaba reunida.

—Dios os bendiga, nobles caballeros, y especialmente a vos, señor rey, y a vuestra mujer —dijo como le enseñó su madre.

El rey Arturo miró sorprendido al joven, vestido como un juglar y armado como un bandolero de caminos.

—Os traigo un mensaje: un Caballero Rojo, con el nombre de Ither, deja de ofrecer su saludo al rey Arturo y le anuncia que está esperando afuera, en la puerta de la ciudad, con un vaso de oro por el cual está dispuesto a luchar su derecho de sucesión.

Las sonrisas de los caballeros cesaron.

—Él quiere luchar contra alguno de vosotros. A mí me gustaría ganar la armadura magnífica de este noble caballero.

A disgusto, el rey dio el consentimiento de que Perceval se hiciera cargo de aquel desafío atrevido. Preocupado, miró al chico:

—La armadura que queréis la lleva un caballero muy valiente.

¡No sabéis cómo yo mismo temo a mi pariente impetuoso!

Pero Perceval estaba decidido a luchar. Con la victoria, el chico inexperto aspiraba a la posesión de la armadura y al título de caballero de la mano del rey Arturo.

Ither esperaba impaciente cerca de la puerta al héroe con quien lucharía por la disputa legal. ¡Cómo se sorprendió cuando vio a Perceval montando en su miserable rocín! Al Caballero Rojo aquel desafío le pareció una burla. Perceval exigió armadura, armas y el caballo del Caballero Rojo. Cuando cogió el caballo del señor Ither por la brida, el hombre, molesto, empujó al chico con el mango de su lanza y le hizo caer de espaldas en la hierba. Pero Perceval se puso de pie enseguida, lanzó su jabalina y golpeó el casco de hierro del caballero tan hábilmente en la apertura de la visera que el arma penetró profundamente en la cabeza e Ither cayó muerto en el suelo.

Todos los espectadores se sorprendieron de la rápida victoria del joven. Un escudero ayudó a Perceval a desarmar al derrotado.

Así Perceval se convirtió en caballero. Se le instó a que experimentara nuevas aventuras y se marchó con alegría cabalgando a conocer el mundo.

Por la noche llegó al castillo del caballero Gurnemanz, un hombre respetado y honrado por su experiencia, sabiduría y virtudes caballerescas.

Perceval, joven inexperto, sólo había considerado hasta entonces los consejos de su madre de forma literal e ingenua. En los días que estuvo como invitado en el castillo de Gurnemanz aprendió las distinguidas maneras caballerescas y la vida que lleva al hombre a la salvación eterna.

—*La forma de hablar de vuestra madre —le enseñó el viejo— no aumenta vuestro honor caballeresco. La insolencia os lleva al infierno. Las maneras y la serenidad sirven para ser caballero. Lo más importante, sin embargo, es el deber caballeresco: ¡tened piedad de los afligidos! Además, la indulgencia y la bondad son vuestros deberes. Mantened siempre un corazón humilde y ayudad a los pobres. El hombre sabio comprende el equilibrio adecuado entre la avaricia y la disipación. También os aconsejo que evitéis los discursos indecorosos y contengáis vuestros pensamientos. No preguntéis demasiado y si alguien os pregunta algo, responded prudentemente y reflexionad bien lo que decís. En la batalla caballeresca luchad con valentía y perdonad generosamente. Al contrincante que se rinde conceded clemencia. Cuidad los modales corteses, no os olvidéis de las formas. Distinguid el amor cortés del falso amor y honrad y amad a las mujeres.*

Perceval dio las gracias al viejo sabio por su enseñanza profunda. Con gran alegría siguió la instrucción de Gurnemanz, quien también resultó ser un maestro excelente en la técnica de las armas y en el duelo caballeresco.

Pero pronto el joven quiso ir a buscar nuevas aventuras por el mundo. Gurnemanz escuchó con gran dolor su petición y le permitió marcharse. Con lágrimas en los ojos dio la mano al querido amigo y miró afligido cómo se alejaba cabalgando.

Perceval llegó a Belrapeire, la ciudad de la reina Kondiwiamur. Sobre el río había un puente con sesenta caballeros que casi no le permitieron el paso porque pensaban que el joven estaba aliado con Klamide, quien asediaba la ciudad de su señora.

¡Qué imagen de miseria mientras cabalgaba por las calles de la ciudad! Por todas partes veía caballeros demacrados, allí reinaba el hambre. Una nueva esperanza llenaba a los pobres ciudadanos al saludar a aquel caballero enérgico que entraba voluntariamente al servicio de su ciudad asediada. Perceval se dejó conducir hasta el castillo, donde lo recibió la joven reina Kondiwiamur. La emoción se apoderó de él cuando vio qué bonita era. No había visto nunca antes a una dama tan bella.

Perceval no dijo ni una palabra, siguiendo la recomendación de discreción de Gurnemanz o quizás porque se sentía atrapado por la belleza de la reina.

“*¿Quizás mi aspecto tan hambriento le desagrada?*”, pensó ella inhibida.

Finalmente la reina rompió el silencio:

—*Noble caballero, os doy la bienvenida. Quiero hablar como señora de la ciudad. Como me han informado, habéis prometido vuestra ayuda. Esta oferta en mi situación asediada todavía no me la habían hecho. Decidme quién sois y de dónde venís.*

Perceval dijo su nombre y le habló de sus experiencias:

—*Esta mañana, señora reina, me he marchado del castillo del noble Gurnemanz, donde he residido varios días como invitado.*

—*Noble caballero, otros acusarían estas palabras de mentira, porque cualquiera de mis mensajeros que cabalgara con el caballo más rápido necesitaría al menos dos días enteros para hacer este recorrido. Pero decidme cómo está mi querido tío; tenéis que saber que mi madre era la hermana del señor Gurnemanz. Si tenéis relación con él, sois muy bienvenido aquí. Perceval se lo agradeció, pero no aceptó la invitación de cena que le hizo.*

En el castillo del Grial

Por la noche llegó a un lago. Allí unos hombres anclados cerca de la orilla salían a pescar. Perceval los saludó. Había uno que destacaba por su traje, llevaba una pluma de pavo en el sombrero y un magnífico abrigo de piel. El joven caballero le preguntó dónde podía encontrar alojamiento para pasar la noche.

—*Por lo que yo conozco, señor, sólo hay una fortaleza a treinta millas. Está detrás de aquel silente de roca. Si pedís entrada desde el foso del castillo os bajarán el puente levadizo.*

Quien habló era el mismo señor del castillo, que tenía cara de tristeza y dolor. Perceval siguió las instrucciones y lo recibieron hospitaliamente. Le prepararon un baño y ropa de seda. Cuando el señor volvió al castillo, lo invitaron a comer.

La sala de los caballeros brillaba con la luz deslumbrante de las velas del techo. El señor del castillo estaba sentado en un diván.

¡Qué contraste había entre los dos! El señor del castillo estaba enfermo, aunque se le veía envuelto con preciosas ropas de piel, parecía muy convaleciente, con la misma cara afligida que había visto Perceval en el lago. Y delante suyo estaba el guerrero resplandeciente con belleza y vigor juvenil. Todos los caballeros lo miraban admirados.

De repente se abrió una puerta y entró un escudero. En la mano llevaba una lanza cubierta de sangre y pasó por delante de todos los caballeros, quienes con profundo dolor bajaron la cabeza hasta que el hombre volvió a salir de la sala. Perceval lo miró sorprendido en silencio.

Entonces se abrió del otro lado de la sala una puerta de acero y cuatro doncellas encantadoras, con candelabros de oro en la mano, entraron y en silencio se sentaron en dos bancos de marfil delante del señor del castillo. Les siguieron cuatro parejas de mujeres, vestidas de terciopelo verde, llevaban velas y pusieron una mesa granate brillante junto a los bancos de marfil, delante del señor del castillo. En silencio, las jóvenes damas movieron la mesa hacia el enfermo. Otra vez se abrió la puerta de acero: seis bonitas doncellas, con vajilla de plata en las manos, se dirigieron hacia la mesa. Perceval contemplaba la escena sorprendido y permanecía callado.

Otra vez llegaron seis doncellas vestidas con ropas de oro. Eran la escolta de honor de la reina. Entonces apareció la más bella entre las bellas. En un cojín de seda verde llevaba un cuenco de piedra preciosa que brillaba milagrosamente. Era el Santo Grial, el refugio milagroso de toda la cristiandad.

La portadora de este santuario era la hermana del señor del castillo, Repanse de Schoye. Se habla de la naturaleza milagrosa del Grial porque sólo una mano pura lo puede tocar. Es el cáliz sagrado, de donde bebió en la última cena Jesucristo con sus discípulos y en que José de Arimatea recogió la sangre del Salvador crucificado cuando los soldados le abrieron el costado.

La noble doncella puso el cáliz sagrado ante su hermano y se retiró con todas sus doncellas portadoras de velas.

Entonces se preparó el servicio para los caballeros. Los escuderos llevaron cien mesas, las cubrieron con manteles blancos y las pusieron delante de los cojines. En cada una de las mesas había cuatro escuderos para servir a los caballeros con vasos de oro y vajilla preciosa.

Y de repente un milagro ocurrió: lo que cada uno de los caballeros invitados deseaba comer lo proporcionaba el Santo Grial y los escuderos lo servían rápidamente. Y también pasaba igual con la bebida, que brotaba en las copas; todo provenía del poder milagroso del Grial. Los nobles caballeros eran los huéspedes del Santo Grial.

¡Cómo se maravillaba Perceval de todos aquellos milagros! Entonces un escudero le llevó una espada como ofrenda del señor del castillo.

—*Tomad este arma como un regalo mío! Lleva el honor que me causó la enfermedad terrible.*

Perceval cogió la espada, pero no entendió el significado profundo. No sabía el joven que estaba en sus manos liberar al anfitrión de toda la carga. No dijo ni una palabra, ni de gratitud ni de compasión, ni formuló ninguna pregunta sobre la causa del sufrimiento del rey.

Entonces el enfermo dio la señal de acabar la comida y deseó las buenas noches al huésped.

Perceval durmió inquieto con sueños confusos y, al despertarse por la mañana, no había nadie en el castillo. Al salir del puente levadizo, oyó la voz de un escudero:

—*Si hubierais preguntado al señor! Ahora habéis perdido todo el honor de caballero!*

Perceval, sorprendido, pidió explicaciones, pero no recibió ninguna respuesta.

El caballero emprendió el camino y se perdió dentro de un bosque espeso. Allí encontró a una bonita dama llorando con un caballero muerto en los brazos.

—*Sois Perceval, hijo de la hermana de mi madre. Decidme lo que estáis buscando en este bosque.*

De aquella doncella, Siguine, Perceval aprendió el secreto del Grial. Supo que no es accesible a todos los mortales y que quien lo busca con constancia no lo encuentra nunca, pero a quien se le aparece sin propósito se le abren todas las bendiciones y felicidad terrenales.

—Montsalvat es el nombre de este castillo. Allá reina el noble Amfortas, rey del Grial, al que Dios ha golpeado con una enfermedad grave; no puede ni caminar. Si fuerais allí, Amfortas y sus tristes caballeros serían liberados del sufrimiento.

—*He estado en el castillo y he visto muchos milagros.*

—*Oh! Si habéis eliminado su sufrimiento, Dios bendecirá vuestro viaje y seréis digno de la más alta gloria. Veo que traéis su espada, entonces siempre llevaréis la corona de la felicidad.*

—*No le he preguntado nada.*

—*Oh, desgraciado! Habéis visto el santo milagro y no habéis tenido el valor de preguntar! Apartaos de mi vista.*

—*Siguine, reconozco mi falta, pensé que tenía que seguir la instrucción caballeresca de Gurnemanz y ahora me siento muy culpable. Os ruego que me mostréis el camino para expiar mi error.*

—*Es demasiado tarde. En Montsalvat ha desaparecido vuestro honor de caballero. No os hablaré nunca más.*

Encuentro con los caballeros del rey Arturo

Perceval erró por la infinita soledad del bosque.

Cerca de allí el rey Arturo acampaba con sus caballeros. El rey quería tener en su Mesa Redonda al audaz Perceval, cuya fama era conocida por todas las tierras.

Entonces encontraron a Perceval y le ofrecieron amistad caballeresca.

Pero en medio de la alegría festiva los sobresaltó de repente una aparición terrible. Encima de una mula, alta como un caballo de guerra, había una doncella con un aspecto aterrador. Tenía una nariz como la de un perro, la cara llena de pelo y dos dientes de cerdo, las orejas eran como las de un oso y las uñas como las garras de un león. Era Kunderie, una imagen de la fealdad femenina, a pesar de

sus ropas elegantes. Ella estaba muy instruida en la sabiduría y el conocimiento de todas las lenguas, era mensajera de la maldición del Grial.

¡Ay de vosotros, rey Arturo! La fama de vuestra Mesa Redonda es profanada por el indigno que habéis acogido en vuestro camino. El honor de vuestra Mesa Redonda se ha desvanecido.

Los caballeros de la Mesa Redonda quedaron petrificados de horror. Antes de que el rey pudiera decir una palabra, la mujer se giró hacia Perceval:

—¡Maldito seáis, maldita vuestra belleza juvenil y vuestra gallarda figura! ¡Os maldigo! ¿Por qué, me pregunto, por qué no liberasteis a Amfortas de su sufrimiento? Visteis el Santo Grial y la sangrante lanza y no le preguntasteis nada. Una única pregunta hubiera cambiado su miseria. ¡El hijo de Herzeloide ya ha perdido el camino del honor!

Perceval estaba pálido de miedo. Su corazón estaba rasgado por el remordimiento y la pena.

—A causa de la ignorancia he perdido mi gran tarea. Ahora la única obligación que me queda es expiar mi falta. No descansaré hasta que encuentre el Santo Grial y redima al infeliz Amfortas de su pena.

Tristes, los caballeros de la Mesa Redonda se despidieron de él y el rey Arturo le ofreció amistad eterna.

Perceval se marchó cabalgando y vagó durante muchos años sin encontrar su objetivo.

El nombramiento de Perceval

El héroe vivió muchas aventuras hasta que se reencontró con la corte del rey Arturo. Le prepararon un banquete.

Entonces apareció otra vez la doncella fea: Kundrie, la mensajera del Grial, delante de los caballeros de la Mesa Redonda. Pero no traía nuevas maldiciones sino un mensaje glorioso: el tiempo de su prueba había acabado y era escogido rey del Grial.

Sólo entonces Perceval supo que la bonita Kondwiramur le había dado gemelos. Su hijo **Lohengrin** sería su sucesor como guardián del Grial.

Perceval fue trasladado al castillo del Grial. ¡Qué sentimientos emergían en el escogido, cuando entró en la sala donde había experimentado una vez el cambio decisivo de su vida!

En la habitación de al lado yacía el enfermo Amfortas.

—¡Cuánto tiempo he esperado con nostalgia vuestra llegada! Ayudadme a poner fin a mi padecimiento.

Perceval dijo una oración y después le preguntó:

—Decidme, amado señor, ¿de dónde proviene vuestro dolor atormentador? Decidme cómo os puedo ayudar.

Esta fue la pregunta redentora.

Con un rostro radiante el rey se levantó de la cama y lo abrazó. Después de la santa oración entregó la corona y el reinado al nuevo señor.

Inmediatamente llegó la buena noticia a la noble Kondwiramur. Él se trasladó con su amada mujer y su hijo Lohengrin, el sucesor del Grial, mientras el otro hijo, Kardeis, se quedó en su país natal.

Al lado de la bonita Kondwiramur Perceval reinó muchos años como rey del Grial de forma sabia y caballeresca y con humildad devota.